

Rezaban la aurora. Relatos del sur de Nariño

Danilo Palacios¹

Resumen

Este artículo habla de un sur ideal. Es acaso la presentación de un trabajo literario (expuesto en otro lado²) que resultó de casi cuatro años de viajar por Nariño. Es una exploración del tiempo y de las montañas en cuando arquetipo de lo sagrado. Habla del sur como epifanía y revelación.

En el sur de Nariño, dicen que la tierra ha volteado. Dicen que hubo un tiempo que se fue con el Diluvio, la Conquista, la Ley de Dios. Sin embargo, los indios de *antigua* prometieron volver cuando el nuevo Rey se fuera y el mundo volviera a dar la vuelta. Se escondieron debajo de la tierra y esperaron que los siglos pasaran, para iniciar la borrachera y el nuevo baile. Llevaron ollas de barro con chicha, para embriagar la espera; negaron antes la Fe de Cristo y nunca tocaron el agua del bautismo; negaron llamarse en nombre de cristiano. Les llamaron *infieles*: los indios del tiempo de antes que en las profundas montañas del sur grabaron la promesa y la esperanza de *volver*.

La gente del sur era, pues, incrédula. Antes de llegar acá la Ley de Dios, negaron también fidelidad al Inca, en la expansión de su imperio por la frontera norte del Chinchaysuyo: así, los despeñaderos del Guáitara y el Angasmayo vieron caer a más de un indio del ejército del antiguo Perú. Capusigra y Tamasagra fueron los bastiones de esa resistencia. Luego, los españoles intentaron reducir a los indios por la gracia del bautismo.

Narran los mayores, dijimos, que los indios de ese entonces prefirieron enterrarse y esperar. Pasan años largos, son otros los tiempos y ahora enfrentan al Libertador. Le dicen que no, que por acá no pasarán sus ejércitos, tampoco verán erigirse la nueva República. Por las calles de Pasto, todavía se escuchan vivas al Rey, vivas a la Corona. Y los valles del Sur cierran sus montañas recelosas a la nueva promesa de Libertad.

Pero, apenas unos años antes de las batallas de independencia, en Túquerres, se dio una alerta violenta contra el Mal Gobierno. No había pasado aún el levantamiento de los Comuneros en Santander cuando acá, dos hermanos de apellido Clavijo, venidos de Cartago, acababan linchados por ser emisarios del gobierno colonial que imponía un aumento al estanco del trago. Sí, por el trago se dio la primera gran revuelta contra el Mal Gobierno en el Sur. Pero ahí, como después, solo por sí mismos.

¹ Antropólogo, Universidad Nacional de Colombia.

² Rezaban la Aurora. Relatos del sur de Nariño. 2014. Trabajo de grado en antropología. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

Corría, pues, la segunda década del siglo XIX y una Provincia al Sur daba aún fuertes vivas a su Majestad Fernando VII y entregaban su vida a la defensa del Rey ausente, por demás distante y desconocido. Agustín Agualongo fue el soldado pastuso, pero pastuso de España que, al llegar a ser Brigadier del Ejército Real, luchó contra los ejércitos de Sucre, Bolívar y Nariño. Al fin, lo capturan y fusilan en Popayán. Poco menos de un siglo después, el pueblo de Pasto y sus provincias vindicó su rebeldía, al nombrarse a sí mismos como Nariño, el apellido del general que había caído preso en el Sur. El nuevo tiempo dejaba, entonces, un nuevo nombre.

Y es que el tiempo, dicen acá, ligerito voltea; ligerito nos libra de certezas. Se trata de una muerte y un renacimiento, un nuevo color de la vida. Narran que ahí donde la cordillera quiebra y se riega en tres, dos perdices se habían encontrado para iniciar el baile y la disputa por el control de su creación: una venía por la cuenca del río Telembí, por el Pacífico; la otra por el río Encano, por la vertiente del Amazonas. Ahí, en el nudo montañoso que entrelaza sus fuerzas, de un encuentro violento y seductor nace el nuevo tiempo de encanto en los Andes. Jugarían, después, a ser algo así como los dioses que pelearían por su dominio y a cada tiempo sabrían regir los ciclos vitales de su creación. Para que uno sucediera al otro, debería ocurrir una poderosa ruptura, a veces, o casi siempre, como por obra divina.

Alguna vez Giovanni Papini escribía que las montañas estaban por designio eterno llamadas a ser el lugar de lo sagrado. Decía que por ser las zonas menos alejadas del cielo, moraban allí los dioses de antes y los hombres de espíritu fuerte, enamorados de Dios. Algunas voces de los dioses aún susurran y calan profundo en algunos corazones. Las huacas, que veneraban los antiguos hombres andinos, hoy se han vestido de taiticos que han salido, como prometieron, al vuelco de la tierra. En el Sur de Nariño, San Francisco dormía escondido entre los surcos. De ahí, un hombre que araba la tierra lo ha despertado y, en un sueño, él le ha dicho que es el santo y que precisaba de una capilla y una fiesta en octubre. Y hoy los indios le rezan y le bailan para que acabe la sequía que quema los pastos y las siembras: piden por las lluvias de octubre. Y, para ello, dos toros bailan ebrios y echan a correr entre la gente. Un ángel y San Isidro Labrador completan la escena del baile y arman la yunta, con los toros cansados ya, para celebrar el inicio del nuevo ciclo de siembra.

Pero esa yunta ha remontado las alturas y amansado la tierra para sembrar de la mano del indio que guía el arado. A cada paso de la yunta, la tierra de abajo se pone arriba y la tierra seca de arriba queda abajo. De pronto, se ve una yunta que entra a la recuperación de las tierras. Era de noche, ya entrada la madrugada y los indios, en violentas borracheras, entraban a las haciendas de los blancos a voltear adobes, levantar ranchos y abrir guachos para sembrar. Entraban la yunta. Entraban los animales. Quemaban los viejos ranchos, las casas de la hacienda ardían, los animales de los dueños corrían de sus corrales, desperdigados. Con los cutes y las palas, daban toda clase de movimiento a la tierra. Así, decían que había vuelto a los propios dueños, como corresponde, claro, con

la alternancia. Dicen los mayores que las noches más explosivas parecía que la tierra temblaba, como si bramara, pues cientos de indios, bravos por el chapil, habían desplegado toda su fuerza, como los toros de estos Andes, y los cerros fueron testigos del nuevo amanecer; ambos, además, símbolo de la fuerza: unos al remontar alturas y labrar las llanuras; otros que, petrificados por siglos, las custodian. Y si un acceso de furia los arrebatara, remueven de raíz todo lo que se pare.

Por eso, los hombres que han sabido llegar hasta ellos tienen algo de su fuerza, su color barroso, su piel gruesa y su espíritu indomable. Han enamorado a la montaña y la montaña los ha premiado con su gracia, su fuerza y el éxtasis de su mensaje. Son los hombres que dan la iniciación, ruptura y revolución. Dicen que de lo alto del cerro de Chiles bajó un personaje —o varios personajes— que traía, para los Pastos, un nuevo mensaje, que atendía a la recuperación de lo propio, lo íntimo —también digámosle así— y lo que hunde sus raíces en su tierra, como si fueran del propio corazón, su pensamiento y su ser. Los indios de antes habían venido rodando desde lo alto del cerro de Chiles para darse así posesión de su tierra y de su nombre. Juraron fidelidad a sí mismos, a sí mismos como pueblo —entiéndase— “revuelto”, capaces de volver una y otra vez sobre sí mismos, aunque los siglos los pusieran en otro lado.

Eso es retornar. Porque, en los Andes, retornar es ir hacia adelante, o sea, hacia lo de antes, hacia lo primero que vimos pasar. Se vuelve sobre el tiempo, se vuelve sobre las promesas del pasado, para transformarse en el ahora. Se vuelve a la tierra como se vuelve sobre sí mismo.

A mediados de la década de los setentas y ochentas, las luchas agrarias se extendieron por el sur de Nariño. Dijimos, los blancos vieron arder sus casas y desgarrar los pastos por indios que, al soplar un aliento a trago, entraban en *minga* a su tierra. Cuentan, además, que las mujeres estaban listas con el almuerzo para sus esposos, padres e hijos, y corrían, también, con la herramienta en mano y, si era de combatir, llenaban las cantinas de la leche con piedras para caldear las revueltas. Las noches, en el Llano de Piedras, en Cumbal, oían un pitido agudo que cruzaba el llano y desde algunas lomas veían como se elevaba una columna de humo. Eran las señales que, con un churo de infiel o un cuerno de vaca, daban los indios que custodiaban la entrada del llano en las lomas cuando llegaban los policías y debían estar listos para defender la toma. Le llamaban a eso: Un grito en el Llano.

Recuerdan que el padre castigó duro a los recuperadores y amenazó con la excomunión. No solo dijo que el hecho de recuperar iba en contra de los valores cristianos, pues era como robar, y prohibió, hasta donde pudo, la celebración que seguía con baile y trago. Bastaba recordar que, por esos días, la Iglesia era tan dueña de tierras en cofradía como los blancos. Y los indios, sin dejar de encomendarse a su Virgencita y sus santos, descreyeron de la ley del padre para arrojarse a la recuperación. Alguna vez dijo don Julio Paguay, mayor recuperador, que los indios habían aprendido a dejar de estar a pie de altar. Eso, claro, no significaba estar lejos de Cristo, sino sentirse acompañados en espíritu.

Y es que con Cristo han atravesado las montañas hasta el Santuario de Las Lajas. Sea a cierto tiempo del año, o en aquellos días, que recuerdan los mayores, en los que la tierra tembló tanto que desapareció por completo algunos caseríos, y al pueblo antiguo de Cumbal los indios llevaron al Señor de los Milagros y la Misericordia, cargado en hombros. Antes de clarear la mañana, decían, llegaban al Santuario que cuelga de la peña que forma el cañón de Río Guáitara, donde duerme una mestiza milagrosa. Allá llegan, entonces, cientos de indios a rezarle a la Virgen. Los días de los temblores llevaron a su señorcito a pasar la noche, prenderle cirios y rezarle a la Señora de Las Lajas, para que calmara la ira de su hijo. Un “juetazo de Dios” había derrumbado el templo del antiguo Cumbal. Tenían ahora que levantar otro y fundar así el pueblo nuevo.

Con ellos, señalaban otra vez la alternancia. Fue en el año 1928 cuando se inició, en *minga*, la construcción de la nueva iglesia de Cumbal, con piedra de la mina de Machines y del volcán. El temblor había sido la ruptura violenta y necesaria. Dicen que Dios castigó a este pueblo por negar la ayuda a un viejo peregrino que cargaba con el Niño Jesús de Praga. Y llegó como justicia divina. Había pasado el Diluvio que fue la Conquista. Pongámosle otro nombre y llamémosle Babel.

Los estudiosos del mundo andino le llamaban, a esta estructura de tiempo y acontecimientos, *pachacuti*, que del quechua traduce algo así como vuelta a la tierra; es decir, un tiempo o ciclo que inicia sobre las ruinas de otro y se abre hacia nuevas posibilidades de ser y existir. A veces, se piensa que esta noción andina, esta forma de leer la vida, se puede trascender a sí misma y hacerse universal. Pues bien, no sería asunto de azar que en la memoria colectiva se fundase el recuerdo de un asalto, de la Conquista, con el Diluvio de la Biblia que Dios envía para refundar la humanidad. El arcano mayor XVI de La Torre habla del poder divino que castiga la soberbia de los hombres que habían pretendido ser semejantes a Dios. La carta muestra un rayo divino, que derriba la cabeza de una alta torre de marfil. Los hombres, luego de este golpe, de esta muerte, debían renacer y ser distintos, ser otros. Así como Babel y, ¿por qué no?, las Torres Gemelas de New York. Al cabo de tantos años, indefinibles e incontables, acomete un gran *pachacuti* para refundar el mundo. Así como si una perdiz tomara vuelta el poder sobre la otra.

Hace algunos siglos, más precisamente el siglo XVI, en el antiguo Perú se habló de un movimiento milenarista, que anunciaba el retorno de las antiguas *huacas* o deidades andinas. Entonces, se organizó desde el Santo Oficio una pequeña cruzada contra los pueblos de la sierra, guiados por el embrujo de una bebida fermentada, decían, que contagiaba de la enfermedad del baile a los indios infieles. Esa amenaza resonó debajo de la tierra con el nombre de Taqui Ongoy. Y su extirpación fue urgente. Narran las antiguas crónicas que ese mesianismo aguardaba por algo así como un Juan Bautista, que fuera capaz de iniciar la nueva Fe. Y si los años y los oficios santos callaron esa voz, nunca se extirpó la fuerza de esa bebida y las revueltas que inspiró. Además, los siglos y las montañas parieron nuevos Juanes, que grabaron sus mandatos de rebelión por los Andes. Aquí, en Nariño, se habló de un Juan Chiles.

La borrachera, digámoslo, era una forma de voltearse. Pasar de lo manso a lo bravo. Ponerse al revés. Ese revés, decía Artaud, para los tarahumaras de México que lograban su embriaguez extática con el peyote, sería su verdadero lugar. Se iniciaría con el delirio que nace de la tierra.

Así, pues, el viaje al sur puede convertirse, para quien emprende el camino, en una búsqueda insaciable de ese lugar, de ese revés que es ser el otro que hay dentro de cada uno, para dejar que tomase posesión y voltease la vida, como las perdices. De nuevo, vuelve y se dice, se desata con el delirio que arroja hacia la muerte y prepara para el renacimiento. Es el poder que encuentra el que se hunde en las montañas del sur, quien se pierde en el monte para volverse, como él, bravo y de sangre pesada. El monte desprecia a los tibios de corazón, sangre y espíritu. Cuentan que en el monte vagan ánimas en pena, se oyen toros montaraces que revuelven el centro de la tierra y, en el oscuro silencio, se oye el corte de un hacha contra la leña. Advierte al que llega que el monte está encantado, pierde y devora.

Solo queda rezar y esperar porque salga la clara aurora.

En el sur de Nariño, durante el mes de mayo y el día de ánimas en noviembre, los indios rezan la aurora. Piden ahí al creador por las ánimas que aún no han alcanzado la luz de la salvación y vagan en la oscuridad del purgatorio. Piden a la Virgen María las conduzca hacia la luz. A las tres de la mañana, los indios rezan la aurora.

La aurora es el crepúsculo matutino que funde la luz y la oscuridad. Antecede al alba, que es cuando la luz ya toma posesión del tiempo y se ha despegado de la noche. Reúne por un momento corto la división primera que funda el mundo. Se pide, entonces, por el final de la larga noche.

Castor y Pólux eran, en la mitología griega, dos gemelos paridos del vientre de Leda. Uno, sin embargo, era hijo de Zeus, y el otro era hijo de Tíndaro, rey de Esparta, por lo que solamente uno era inmortal. Sin embargo, durante su vida, los dos se unieron en un amor fraternal, que los llevó a unirse, también, en la causa por Esparta. Cuando Pólux muere, Cástor, entristecido profundamente, le pide a su padre que le permitiera compartir su destino con su hermano. Así, los dos alternarían sus vidas entre la luz del Olimpo y las tinieblas del reino de los muertos, que preside Hades.

La oscuridad acecha y cubre cada centímetro y ahoga el espíritu. Busca exacerbar las vanidades más atroces que condenan al presidio de los sistemas y al agobio mortal del capitalismo. Alguna vez decía Sábato que la crisis del siglo XX era moral y espiritual, pues la idolatría por la técnica, el progreso y el capital había roto la comunión del hombre con su espíritu y naturaleza, al haberlo arrojado, en la cúspide de la modernidad, a ser el engranaje de una enorme máquina.

Pero al sur, se cree, reside una esperanza. La hay, porque aún sobreviven algunos incrédulos, como de los tiempos de antes. Y enseñan que la vida puede revelarse en sus

contradicciones y rebelarse en el día a día. Será quizá tiempo de renacer. Quizá cada quien encuentre al fin su aurora.